

CAPÍTULO 1

Lo sabemos todo

PAOLO FLORES D'ARCAIS: Si la filosofía es, obedeciendo su etimología, el amor por la sabiduría, pasión por el saber verificable, por tanto, crítica de cualquier superstición, de cualquier pensamiento mágico, de cualquier *religio* sencillamente transmitida, en resumen, actividad de desencanto, entonces el ateísmo debería ser, desde hace mucho tiempo, el horizonte «normal» e incluso obvio de la filosofía. Desde los tiempos de Hume, probablemente. Desde los tiempos de Darwin, ciertamente.

Pero las cosas no han ido así. La filosofía no ha asumido el ateísmo como su hábitat «natural». Al contrario. Hoy estamos obligados a discutir en un cuadro cultural marcado por una verdadera voluntad de revanche de las religiones y, a la vez, de un intento de hegemonía en el campo filosófico (ampliamente logrado) de las corrientes y las escuelas que tienen en común el rechazo del desencanto, es decir, de la finitud empírico-naturalista del mundo.

Procuró exponer —con una síntesis que corre el riesgo de caer en la grosería— las razones que hoy deberían imponer al filósofo el ateísmo.

No asumir el ateísmo como horizonte de la filosofía es hoy irracional porque, después de Hume y después de Darwin, podemos y debemos afirmar tranquilamente que *lo sabemos todo*. Que quede claro: somos perfectamente conscientes de que el saber científico se acrecienta día a día, incluso con ritmos exponenciales. Pero ya *lo sabemos todo* respecto de las famosas «grandes preguntas» tradicionales: ¿quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos?

Nuestra existencia es una existencia *finita*, desde siempre y para siempre. Después de Kant, nadie intenta ya «demostrar» la existencia de Dios. Pero ya con Hume, y por supuesto después de Darwin, estamos en condiciones de afirmar abiertamente, y *razonablemente*, la NO existencia de Dios y de la inmortalidad del alma. Sabemos quiénes somos: unos simios apenas modificados, aunque este «apenas» (un porcentaje irrisorio del ADN) haya abierto al animal-hombre posibilidades impresionantes. Sabemos de dónde venimos: de un inicio que llamamos Big Bang y de un desarrollo de universos reconstruido cada vez con mayor precisión por la ciencia, sin ninguna necesidad de hacer intervenir la hipótesis-creación por parte de una hipótesis-Dios. Y sabemos adónde vamos: a ninguna parte, puesto que no hay ningún destino inscrito en nuestro futuro. El futuro humano es así porque es imprevisible, in-cierto e in-determinado.

Pero conocemos la objeción. Quizá no se pueda demostrar la existencia de Dios, pero tampoco se puede demostrar su no-existencia. A fuerza de repetirla como un mantra, se han convencido de ella incluso los filósofos refractarios a la metafísica.

Sin embargo. Lógicamente, para empezar. *Todas* las religiones pretenden ser las *únicas* que poseen la Verdad (sobre el más allá, la creación, el significado del cosmos y de la vida, la salvación, etc.). Por eso, si alguna fuera verdadera, todas las demás serían falsas. En consecuencia, sabemos apodícticamente *a priori* —es decir, por vías puramente lógicas— que al menos *todas las religiones* son falsas *menos una*.

Y entonces: ¿alguna de ellos tiene para exhibir, bajo el perfil de la argumentación racional, mayores títulos que las otras? La respuesta es un rotundo no. Cada religión aduce razones convincentes para rechazar la pretensión de Verdad de las otras. La totalidad de estas razones es la falsedad de todas las religiones.

Quien no encontrara el argumento resolutivo, deberá por lo menos reconocer que el Dios del que sigue profesando la Verdad (contra la falsedad de todos los demás) es un Dios que juega sádicamente con sus criaturas, que se deleita convirtiendo la verdad en extraordinariamente enigmática y, por ende, la salvación (que sólo la posesión de esa verdad

permite) en tan ardua como ganar a la ruleta. Muy distinto del Padre omnipotente y amoroso, o del Alá clemente y misericordioso.

En realidad, a la anterior prueba lógico-ontológica de la no-existencia de Dios, podemos añadir una mole inagotable de explicaciones históricas, antropológicas, sociológicas y psicológicas que *iluminan*, más allá de cualquier duda razonable, orígenes, desarrollos, contradicciones y motivaciones de cada una de las religiones como producto humano, demasiado humano, exclusivamente humano.

Si luego, para sustraernos al inevitable *ateísmo de la razón*, nos refugiarnos en una especie de deísmo o teísmo totalmente vago, el significado de la palabra «Dios» desaparece del todo. Se transforma, desde un punto de vista práctico y aún más desde un punto de vista *filosófico*, en un mero *flatus vocis*, o incluso en el seudónimo de aquel *lo sabemos todo* que no podemos negar, pero que queremos bautizar como «Dios» para ilusionarnos de que está habitado por un «sentido».

Por ejemplo, se reconocerá que los saberes científicos han verificado una reconstrucción de la historia de los universos hasta aquel 1ⁿ de segundo: intervalo temporal infinitesimal tan próximo al Big Bang que nuestro cerebro, nacido para la adaptación a dimensiones temporales inconmensurablemente más «macro», es del todo incapaz de visualizar. Luego este Big Bang será bautizado como «Dios».

O, incluso, se llamará «Dios» a todo el proceso evolutivo, a pesar de la carga ineludible de contingencia que marca los momentos de la historia del cosmos. «Contingencia» en el sentido preciso y técnico: cuanto ha ocurrido en estos miles de millones de años no estaba escrito en el Big Bang como si fuera un ADN cósmico, sino que habría podido suceder de otra manera.

Si luego se quisiera sostener que una «ley unificadora» aún no descubierta, y contenida en el Big Bang como su ADN, algún día explicará, en un sentido absolutamente determinista, cada desarrollo posterior, «Dios» seguiría siendo —tal como en los dos casos precedentes— una mera etiqueta superpuesta a una explicación perfectamente naturalista y atea.

En realidad, el gran científico darwinista Stephen Jay Gould, en esa obra maestra que sigue siendo *Una vida maravillosa*, ha recorrido la his-

toria de la evolución hasta la aparición del *Homo sapiens*, demostrando que ha habido al menos siete bifurcaciones cruciales, que la «solución» habría podido ser en cada caso distinta, y que cada una de ellas, a menudo más probable *a priori* de la que luego ha ocurrido, habría sido fatal para el nacimiento de nuestra especie. Y nosotros no estaríamos aquí discutiendo.

Nosotros, los *mortales*. Sabemos que somos simios modificados, lo que debería haber puesto fin a cualquier elucubración e hipótesis sobre la inmortalidad del alma, si queremos mantenernos en el plano de esa *pasión por el saber* que todos dicen que es la filosofía.

En efecto. Nuestro cerebro nos permite prestaciones increíblemente complejas, incluido el conjunto de fenómenos al que damos el nombre de conciencia. Aún no sabemos con precisión qué es esta «conciencia», pero ya hemos verificado que es una función o actividad de nuestro cerebro que forma parte de aquel *lo sabemos todo*. Este cerebro, con todas sus prestaciones y funciones, acabará descomponiéndose cuando cada uno de nosotros muera, exactamente como sucede con el cerebro de todos los simios y de cualquier otro animal. Fin de cualquier discurso sobre la inmortalidad del alma.

Además. Este simio modificado que somos no ha venido al mundo una sola vez. No uno, sino varios «géneros humanos» han aparecido en el curso de la evolución, es decir, han *existido* en esta tierra. Algún «género humano» ha aparecido (y se ha extinguido) al menos una docena de veces, y tres de estos «géneros humanos» incluso han compartido el mismo fragmento de tiempo. Durante unos cuarenta mil años el *Sapiens* ha compartido vastos territorios con el *Neanderthal* y, mientras el *Sapiens* experimentaba su propia existencia, en la isla de Flores existía también otro «género humano» (etiquetado como *Homo floresiensis*).

Estamos hablando, atención, de «géneros humanos» en sentido propio. Se trata, reafirmémoslo, de especies diversas y distintas, como son los babuinos de los orangutanes, y sin embargo humanas, puesto que todas poseen las características que nosotros consideramos dirimientes: postura erecta, capacidad de producir instrumentos, e instrumentos para producir instrumentos, capacidad de representación simbólica

«artística», estructuras «sociales» que impliquen formas de lenguaje fonéticamente articulado, etc.

Nosotros, los *Sapiens*, somos sólo uno de los tantos «géneros humanos» aparecidos en la tierra y luego extinguidos: el único que ha sobrevivido, no el único que ha existido.

A menudo la ciencia ficción imagina qué podría ocurrir si en otros mundos existieran presencias inteligentes. Pero estos «alienígenas» inteligentes *ya* han existido. Pertenecían a especies que se han extinguido, pero eran *inteligentes* y humanos en el mismo sentido en que aplicamos estos términos a la aparición del *Sapiens*. Este hecho ya verificado por la ciencia es del todo incompatible con la Verdad de las religiones dominantes.

Sin embargo, todo esto no basta, no sólo a los creyentes y a los teólogos, sino tampoco a algunos filósofos, que más o menos despectivamente, más o menos paternalmente protestan o reprenden: ¿cómo podéis hablar seriamente de *certeza*? La verdadera quimera es vuestra certeza absoluta, no Dios o el alma inmortal.

Por tanto, dejemos de lado la certeza *absoluta*, la única, no obstante, que domina en la historia de las controversias filosóficas. En efecto, se trata de una «certeza» imaginada desde el punto de vista de Dios, en consecuencia, imposible de probar, ni siquiera con la imaginación (sólo por delirio de omnipotencia). Hablemos de certeza *humana*, la única de la que tiene sentido hablar.

Muy someramente, cuando hablamos de certeza sólo nos referimos al grado más alto de *a-cierto-amiento* hoy posible, dado el estado actual de las prácticas de nuestros *saberes*: las ciencias en sentido estricto (las ciencias «duras»: física, biología, etc.) más la argumentación lógica. Respecto de las cuales todos los demás saberes y prácticas relativas tienen un grado de *a-cierto-bilidad* y de *a-cierto-amiento* decrecientes y abismalmente inferiores.

Por tanto, si asumimos *ciencias «duras» más lógica* como el grado uno de la certeza humana y como el significado más congruente del vocablo (no le veo otros), creo que podemos afirmar con *certeza* que Dios no existe y el alma inmortal tampoco. Con la misma certeza, para entendernos, con que reconocemos las leyes de la física, de la química,

etc., y en consecuencia tomamos un avión mucho más tranquilamente que si debiéramos aceptar un desafío a duelo.

Que quede claro, cualquiera tiene derecho a replicar que «siente» íntimamente y con una fuerza inexpresable que después de la muerte hay otra vida y que Dios existe de veras. O que «confía» en ello. Y que «siente» y/o «confía» porque «posee», «ha recibido», «ha encontrado» la «fe». Todo esto es perfectamente legítimo e indiscutible. Siempre que venga acompañado por la conciencia de que está en contradicción con la razón. Es decir, en contradicción con la argumentación fundada en la lógica y con cuanto han verificado (con grados de certeza muy diversos, como hemos visto) las ciencias naturales.

Por lo demás, una fe consciente de la propia incompatibilidad con la razón era la de Pablo («este mensaje [...] *locura*» [Primera carta a los corintios, 1, 22-24], donde la palabra locura —*moria*— se repite obsesivamente) y de los primeros cristianos («*Credo quia absurdum*»). Absurdo que reivindicaban con orgullo, i-racionalidad de la que se jactaban.

Por otra parte, la prueba de la existencia de cualquier «entidad» corresponde a quien proclama tal «entidad». La afirmación de la existencia de Dios y la opuesta de su no-existencia (o del alma inmortal, o de cualquier otra «entidad») no constituyen dos proposiciones simétricas, en el sentido de que ambas deberían ser positivamente demostradas. Quien cree en la existencia de Dios y en la vida ultraterrena, y quiere afirmar esta creencia de acuerdo con la razón, tiene el deber de probarla. Al ateo no le corresponde, en cambio, la carga de probar la no-existencia de «entidades» cuya existencia no haya sido corroborada. Todas estas posibles «entidades» *no existen*, hasta que se pruebe lo contrario. De otro modo, se podría dar cualquier cosa por existente.

Para terminar, retomo (e invierto) un caballo de batalla de Gianni Vattimo: la afirmación de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma tiene —en términos de verdad o de certeza— el mismo estatuto de la afirmación de la existencia de los vampiros (en sentido literal: seres que se pasean hasta el alba fuera de las tumbas, chupan la sangre de los vivos, son invisibles a los espejos, huyen del ajo, etc.): racionalmente hablando, cero.